

JORNET, N.; VINYOLES, T.; RIVERA, M^a M.:
*LAS RELACIONES EN LA HISTORIA DE LA EUROPA
MEDIEVAL*, TIRANT LO BLANCH, VALENCIA, 2006

FLOCEL SABATÉ I CURRULL
Universitat de Lleida

Cada explicación del devenir histórico comporta una concepción de la Historia. Por ello los manuales no son inocuos ni son simples resúmenes concedidos a la divulgación. Es más, por su visión de conjunto, ofrecen una determinada percepción de la sociedad. Se comprende así también la trascendencia de la misma ciencia histórica, porque refleja no sólo la concatenación de lo sucedido sino también una pauta interpretativa del devenir humano. Por ello, la historia es tan sensible a las seguridades y las crisis del pensamiento, hasta el punto de acompañar los titubeos ideológicos de fines del siglo xx con la llamada crisis de la historia. En un artículo reciente, Teresa Vinyoles se situaba en este contexto de búsqueda de nuevos paradigmas explicativos para reflexionar en voz alta: *para entender la evolución histórica, para comprender la vida, para aprender a vivir, para enseñar a vivir, ¿no sería este el objetivo final de la historia, vivir libremente en sociedad? Siempre es la historia de la humanidad en sociedad, o mejor, en relación: en primer lugar en diálogo con el historiador/a que la piensa desde su yo, su presente, sus circunstancias. Deberíamos investigar sobre la historia de la vida, la historia de las relaciones entre la humanidad y su entorno, de las relaciones de hombres y mujeres, unas y otros con otras y otros*¹.

No es de extrañar que esta misma autora coordine, junto con Núria Jornet y María-Milagros Rivera, una específica y muy sugerente concreción de este planteamiento: “Las relaciones en la historia de la Europa Medieval”. Es una propuesta madura y muy razonada, como expone con nitidez Rivera en la Presentación: se pretende contribuir a regenerar la historiografía actual, rechazar retornos a posturas pasadas o a la deriva narrativa y asumir un nuevo planteamiento a partir de la realidad más inmediata, es decir, *el apego a los cuerpos y a la vida corriente*. La historia, como la vida, se concibe sexuada, tangible en la cotidianeidad y centrada en hombres y mujeres en relación. La relación, pauta cognitiva para el desarrollo personal, se erige en puntal hermenéutico de esa realidad que es el curso de la humanidad. De este modo, se nos ofrece un compendio de la historia medieval de Europa muy

¹ VINYOLES, T.: “Enseñar historia, aprender historia: un diálogo a tres voces”, *Imago Temporis. Medium Aevum* I (1997), p. 310.

bien elaborado y pensado en torno a las relaciones, erigidas, por tanto, en concepto historiográfico. Con esta pretensión, la obra se divide en seis capítulos con los que explicar la globalidad del ser humano en sociedad durante el medievo.

En el primero Núria Jornet asume los ejes de la identidad personal y social, es decir, la memoria, con los debidos procesos de generación, elaboración, custodia y gestión. La autora atiende los procesos formativos de los depósitos archivísticos e incluye una interesante perspectiva de género, si bien se echa en falta un análisis más específico de la ligazón entre memoria, ideología y poder.

En el segundo capítulo, Teresa Vinyoles concreta la relación con el entorno físico inmediato: *una tierra para vivir*, lo que impone partir del análisis del flujo humano, con sus diversos movimientos migratorios, para poder, inmediatamente, analizar el encaje con el entorno natural, es decir, la gestación del específico discurso interpretativo y de una evolución que parte de la incardinación con los signos de la naturaleza, participa del aprovechamiento del espacio natural y progresivamente se va desapegando de él, avanzando hacia una agresión en nombre del desarrollo social. En cualquier caso, el espacio vital, propiamente, es el doméstico, que de este modo se erige en privilegiado ámbito, ya sea en contextos rurales o urbanos, de unas relaciones que ponen de manifiesto los niveles de vida, las pautas de comportamiento y la jerarquización de la convivencia.

En el tercer capítulo María-Milagros Rivera aborda “la política sexual”, un apartado imprescindible en una visión de conjunto basada en las relaciones pero que, a la vez, constituye una novedad, de la que la autora hace gala y militancia al invitar a reflexionar por qué esta perspectiva no ha sido tratada en otros manuales de Historia Medieval. Acertadamente, Rivera parte de la evolución del pensamiento que, mediante la progresiva imposición del discurso patriarcal, va rechazando el papel de lo femenino en la interpretación del mundo y de las creaciones espirituales, aspecto capital que implica una atención a la evolución de la filosofía y la teología que habría podido remarcarse. Inmediatamente, se sumerge en la realidad medieval para captar la relación establecida en términos de complementariedad, en los siglos XI y XII que conocieron a Hildegarda de Bingen y la cultura trovadoresca; bajo el predominio masculino, justificado por el aristotelismo coherente con los vectores sociales y económicos impuestos en los siglos XIII y XIV; y finalmente con la igualdad formulada en los términos humanísticos que, en realidad, no da cabida a la diferencia sexual, tal como se ha proyectado secularmente. El contexto cronológico permite precisar la evolución de conceptos básicos en la construcción social –la filiación, la exogamia, el linaje...–, las fórmulas de presión o incluso de agresión –violencia, criminalización de comportamientos...– y los ámbitos de in-

serción y de libertad social, como la virginidad religiosa o las aceptaciones familiares. Este marco conceptual conduce a culminar la reflexión en torno a la realidad del sentimiento, partiendo de la importancia del concepto de fidelidad y de las expresiones sobre el amor, porque, al fin y al cabo, *el amor es una manera de orientarse para estar en el mundo, para vivir políticamente*. La excelencia del planteamiento habría resaltado si se hubieran precisado aspectos historiográficamente controvertidos, como las interpretaciones sobre las uniones homosexuales en la Edad Media central o las consecuencias de la evolución aristotélico-realista de la religión en la aceptación de las relaciones sexuales.

En el cuarto capítulo, Blanca Garí analiza “la vida del espíritu”, con un planteamiento muy sugerente, dando adecuado emplazamiento a los ideales de pobreza, la palabra y la expresión devocional. Con este esquema se concatena el devenir espiritual desde la reforma cisterciense, los movimientos renovadores del siglo XII –habría sido de agradecer, por su trascendencia, otorgar una mayor insistencia en todos ellos y especialmente en el fenómeno canónico–, el desarrollo de las beguinas y el afianzamiento mendicante. Es un recorrido que conlleva la evolución del propio espíritu, es decir, la progresiva capacidad del sujeto para interrogarse, convirtiendo así el *iter* religioso en una fuente de afianzamiento de la propia identidad, personal, de género e intelectual, tal como se plasma en la palabra pronunciada y, sobre todo, escrita. Esta vida interior convive con una religiosidad exterior, popular como no puede ser de otro modo dado que el Cristianismo explica toda la cosmovisión. Por ello es importante atender la relación con las prácticas devocionales y el lenguaje iconográfico, en una verdadera sacralización de los espacios públicos, lo que permite a la autora hablar de una *‘performance’ devocional como espacio de relación, acción y celebración*. Éste no deja de ser un discurso oficial y, por ello, el coetáneo desarrollo de una conciencia personal impondrá la disquisición entre ortodoxia y heterodoxia, oposición que no es ajena al reforzamiento de la autoridad religiosa, con instrumentos como la Inquisición.

María del Carmen García Herrero asume el quinto capítulo, dedicado a las relaciones económicas, planteadas también de un modo innovador. Se rehuye el planteamiento economicista y se asume el esquema relacional que guía la obra. Para ello se parte del ser humano como medida de un entorno físico y temporal, que, a fin de definir las relaciones económicas, tratará de pesar, contar y medir. A partir de aquí el estudio se adentra en el espacio urbano, la articulación artesanal, la función del comercio y el desarrollo del sistema financiero. Es evidente que se encuentra en falta un hilo conductor capaz de insertar en el discurso explicativo la economía rural, con toda su trascendencia a lo largo del período medieval, incluyendo los siglos altomedievales y bajomedievales.

Finalmente, María Elisa Varela desarrolla el sexto capítulo, dedicado a la oralidad, la cultura escrita y el aprendizaje. Es un planteamiento muy sugerente y atractivo para tratar de alcanzar el conocimiento de la cultura popular, la función de la escritura y los valores y mecanismos propios de la enseñanza. Se echa de menos el engarce con la alta cultura, porque toda la elaboración literaria y artística del medioevo también forma parte de la globalidad con que interpretar este período.

Si de relaciones se trata, también sería recomendable incluir un capítulo sobre las relaciones de poder, porque al fin y al cabo, como decía Lewis Carroll, lo que importa no es tanto la diversidad de los discursos como quién y cómo los utiliza, es decir, quien manda², y precisamente en la Edad Media, más que una conducción jerárquica, se establece un marco relacional entre estamentos, además de las conabidas presiones de los poderes económicos, imponiéndose, en definitiva, una transversalidad que inyecta un determinado y definitivo sentido a las demás relaciones que perfilan el período medieval. También habría sido interesante que las autoras acordaran un común marco cronológico: la globalidad del período medieval al que se refiere el título está presente en algunos capítulos mientras que en otros se acorta al período bajomedieval.

La propuesta desarrollada a lo largo de toda la obra se complementa, además, con la voluntad didáctica de las autoras, que en cada capítulo añaden un específico y bien elaborado *Laboratorio de escritura de historia, de crítica historiográfica y de diálogo entre el presente y el pasado*, con toda la intención no sólo de facilitar el conocimiento del pasado sino, a la vez, de iniciar en los rudimentos del oficio de historiador. Contribuyen al mismo objetivo el índice analítico, la cronología básica y un adecuado elenco bibliográfico, si bien sorprende el criterio de ordenarlo por el nombre –no el apellido– de los autores en cada capítulo. El interés didáctico ha llevado a incluir un CD para apreciar con mejor resolución las imágenes y con mapas actuales para ubicar los lugares mencionados, lástima de no haber incluido también representaciones sobre la división y la percepción del espacio en la época estudiada.

Más allá de estas apostillas, es de destacar la obra en su doble vertiente. Ante todo como propuesta interpretativa del pasado medieval a partir de nuevas y sugerentes vías. Y, al mismo tiempo, por la voluntad –la pasión– didáctica que demuestran sus autoras.

² “‘The question is’ said Alice, ‘whether you can make words mean so many different things’. ‘The question is’, said Humpty Dumpty, ‘which is to master- that’s all’.” (CARROLL, L.: *Through the looking-glass and what Alice found there*, Harper & Brothers Publishers, New York, 1902, p.117).